

Detener el dolor

Lea las instrucciones de uso.

Últimas noticias.

«... Los vecinos de este pueblecito de Texas están consternados» ante el asesinato. Nadie podía creer que ese amable anciano que cuidaba animales...

«... La profesora de la guardería de Madrid, "Los Peques", se ha suicidado antes del juicio contra ella. Acusada de matar y devorar al pequeño Marcos García en el baño de los niños; »lo más siniestro del crimen es que abrió su costado, comiéndose su hígado. Tras beber su sangre...

«... En los Ángeles crece el número de caníbales tras

la...» «... Se comió su hígado y bebió su sangre...» «... Su

propio hijo...»

«... Su propia familia...»

« »

«... Degollados...»

sueloDesangradosdelinóleo enblancobañera Entrañas devoradas... Sangre, corazones escurriéndose por

el — ¡Joder, mamá! ¿Es que no oyes que Nathan está llorando? —le gritó su hija mientras

La aludida dio varias arcadas, el dolor de cabeza iba a poder con ella. Se agarró con fuerza al fregadero donde una enorme pila de platos aguardaba su atención. Parecía que siempre había algo que hacer y poco tiempo para descansar.

— ¡Encima no potes! Esta pocilga ya da suficiente asco sin que la ensucies más —barruntó Sarah, abriendo su bolso, seguramente para cogerle el dinero—. No me esperes, voy a pasar la noche en casa de papá. Allí sí se puede vivir, y no en este zulo. ¡Joder, haz que se calle de una vez! ¡Para algo tienes que servir!

Los gritos del pequeño se redoblaron en un chillido agudo y penetrante. La mujer se llevó las manos a la cabeza intentando controlar su dolor. Algo difícil, ya que se acrecentó con el portazo que dio la joven.

La mujer cerró los ojos, sintiendo cómo estos latían acompasados con su corazón y su

cerebro, que no dejaba de golpear con violencia el cráneo. Se sentía agotada y dolorida, esa migraña iba a matarla de seguir así. Su nieto siguió reclamando su atención.

Apagó la televisión, llevaban demasiado tiempo dando malas noticias y eso la disgustaba. El berreo incesante le taladró la cabeza, quiso regañar a la pobre criatura pero, en el fondo, no era la causa de su perenne migraña. Solo lo único que podía mitigar su sufrimiento.

—Ya, ya, mi amor —pidió ella y el pequeño se consoló.

Miró su brazo y lo vio lleno de moratones. Le partió el alma y sintió su labio temblar, deseando poder gritar de dolor, como si ella misma hubiera sufrido los golpes de Sarah: la madre de la criatura y su propia hija. Aunque a veces desearía que no fuera así.

Tomó el bote cilíndrico naranja con esperanza. Sus compañeras de trabajo le habían aconsejado ese nuevo medicamento y esperaba que la ayudase. Sabe Dios lo mal que lo pasaba en momentos como aquel. El niño balbuceó e intentó coger aquello tan colorido y brillante, pero su abuela le apartó las manos con suavidad, besándoselas con cariño.

—No, Nate —pidió ella dejándole en su trona—, no puedes comer medicamentos. Es malo para ti.

Se llenó un vaso de agua y se tomó la pastilla azul. Cerró los ojos, deseando que hiciera efecto en cuanto fuera posible.

—Vamos, mi niño. Llegamos tarde a trabajar —dijo la mujer sintiéndose cada vez mejor. Esa medicina era realmente buena.

Abuela y nieto avanzaban por la enorme ciudad de Nueva York esquivando a la marea humana que se abalanzaba contra ellos. Se movía con toda la ligereza que le permitían un portabebés y unos tacones desgastados, a punto de romperse. La mujer sonrió al sentir que el dolor había remitido, e incluso se sentía de mejor humor aun a pesar de Sarah y de los golpes de Nate.

El pequeño gorjeó para llamar su atención y ella le besó en la suave cabecita rubia. No sabía quién sería el padre y, dadas las adicciones y “dejadeces” de su hija, podría ser cualquiera.

Se detuvo y respiró profundamente al sentir de nuevo su corazón pesado, latiendo con una lentitud plagada de espinas. A veces se imaginaba que el músculo caminaba por el asfalto y dejaba a tras de sí un reguero de sangre. Le producía pena lo pequeño, acartonado y gris que se veía en su mente. Pobre corazón, tan triste y roto por los golpes de la vida.

No supo si fue el sonido de unas risas, una charla o la extraña imagen de su cabeza, lo que le hizo abrir los ojos y fijarse en la mirada clara y limpia del niño, que no perdía detalle de lo que hacía. Fue entonces cuando su mente se fue despejando e iluminando la oscuridad de su alma.

—Connie —murmuró a su nieto y le besó—, me llamo Connie, Nate. Llevaba tanto sin recordarlo que me ha sabido raro decirlo.

No es que lo hubiera olvidado, era... más bien... como si hubiera aplastado su Yo hasta el fondo de su mente y lo hubiera relegado. Siguió avanzando intranquila, sintiendo el regusto agrio de la responsabilidad.

Eso era siempre su vida: una obligación tras otra. Una lista de fracasos encadenados, que comenzaban con tener que dejar la carrera por una niña que siempre se negó a quererla; su intento de matrimonio con el padre de la criatura, para ver cómo este la malcriaba y así no tener que vivir siempre con ella y ser el gran héroe de la niñata. A veces le encantaría poder reventarles la cabeza y...

Se llevó la mano a la nariz, mareada. La sangre se escurrió por los dedos, manchándole la piel. Nadie se detuvo a ayudarla, algunos la miraron con asco... pensarían que se metía. Necesitaba hacer algo normal, pequeño y que pudiera controlar, algo sencillo:

—Creo que... vamos a comprar comida —le dijo al niño mientras volvía a sentir que el dolor regresaba.

¡El trabajo! ¡Se le había olvidado por completo!

Desesperada, miró su reloj y, para su sorpresa, se dio cuenta de que llegaba tres horas tarde al trabajo. Sacudió la cabeza y no le dio importancia, llevaba una semana muy dura y su jefe no se lo tendría en cuenta. Compró una botella de agua y se tomó otra pastilla, sintiendo que la cabeza volvía rápidamente a donde le correspondía.

Parpadeó sorprendida al verse en casa, aunque no era capaz de recordar cómo había llegado y acabado sentada allí. No sentía el transcurrir del tiempo. El lugar estaba lleno de bolsas de comida; las latas se amontonaban en los estantes, que casi no se podían cerrar de lo llenos que estaban. Se encontraba dándole de comer a Nathan, mientras en las noticias seguían hablando de asesinatos y desgracias. Las fotos sanguinolentas y de cuerpos mutilados dejaban poco a la imaginación, casi era capaz de sentir el olor de la sangre impregnándole la ropa y penetrando en su cerebro. En la lengua empezó a tener un regusto salado y tuvo que rendirse ante la situación: se echó a un lado y vomitó. Su cuerpo temblaba por los espasmos, pero lo sintió vacío y relajado. El teléfono sonaba taladrándole con más fuerza la cabeza. Tenía la impresión de que no había dejado de sentir dolor en ningún momento.

«Las autoridades no entienden la fuente de esta ola de locura. En China, miles de personas se han lanzado a una vorágine de canibalismo, sangre y muerte, destruyendo pueblos y...»

«En París, el presidente de la república ha pedido calma a los franceses. Asegurando que el canibalismo no tendría nada que ver con agua contaminada...»

«En Nueva York, varias sectas han salido a la calle para proclamar que el fin del mundo se ha adelantado.»

—Creo que cada vez estoy más enferma, Nate —dijo Connie sonriendo al niño, sin darle mucha importancia.

A nadie le importaría mucho si ella desapareciera, tal vez al bebé por dejarle solo ante aquella madre que tenía.

Connie... Sonaba mejor cuanto más lo recordaba, cuando no era ni la abuela, la madre o la camarera. Únicamente Connie y, con ello, el mundo volvía a tener sentido en su magullada psique. Miró lo que había salido de su estómago y sintió más asco: no había sido muy cocinado.

—Connie —escuchó el contestador con la voz de su ex, no le gustaba su nombre cuando ése lo pronunciaba—, Sarah se queda hoy también a dormir. Dice que está muy afectada por vuestra última discusión. Deberías entenderla mejor, está pasando por lo mismo que tú...

Ante la perorata de siempre, en vez de sentirse culpable, Connie arrancó el teléfono, furiosa, y se sintió mejor. Nathan la miró con sus preciosos ojitos, asombrado, y ella se rio enternecida.

—No te preocupes, mi amor —dijo ella cogiendo al bebé en brazos y dándole un enorme achuchón—. Prefiero que esa zorra no venga. Estamos mucho mejor sin ella, ¿no crees? Tú y yo, solos contra el mundo entero.

El niño se carcajeó al verla contenta y Connie se sintió mejor. Había dicho lo que pensaba y sentía... Lo cuál sería mejor sin ese dolor de cabeza. Aun así, no le gustaba ver las paredes tan juntas y oscuras acercándose a ella con paso lento, como el de un corazón gris, roto y lleno de espigas. Como el de su propio corazón.

La mujer se acercó hasta el bote y se tomó una, sintiéndose mejor que nunca al olvidarse de las imágenes.

Se mueve y resbala, chorrea sangre y late con pesadez, casi sin vida. El corazón se mueve en una caja de paredes blancas y suelo de linóleo, intentando alejarse del cuerpo que tanto daño le causaba. Las paredes se mueven como si tuvieran pulmones, estrechándose tras cada exhalación, volviéndose más claustrofóbicas y oscuras. Las sombras de los muebles tienen garras que la atrapan. La casa es muy pequeña y Connie no desea compartirla con nadie más. Cada vez queda menos aire, cada vez queda menos tiempo... Cada vez queda menos vida y, mientras, el corazón se aleja a cada pom...latido.

Pom, pom,

—Muchas gracias, Connie, cariño —le dijo la señora Smith, una de las viejecitas que vivían en el piso de enfrente—. Con todo esto de los saqueos por la ciudad, cualquiera se atreve a salir.

—No se preocupe, para eso estamos los vecinos.

Se sintió extraña con tanto salto de memoria, pero no le dio importancia. El dolor remitía y se sentía liviana.

La anciana le aseguró que debía tener novio, porque no la había visto con mejor aspecto en años.

—Oh, no. Sarah se ha quedado en casa de su padre y solo estamos Nate y yo —le explicó con alegría—. La verdad es que parece que me he quitado un peso enorme de encima.

—Di que sí, niña. Que eres demasiado buena para ese demonio que te ha tocado en suerte. La señora Smith no apreciaba a la zorra de Sarah. Ni ella, ni ninguno de los vecinos. Era normal, porque dejar algo en su radar significaba perderlo y verlo vendido en la tienda de empeños de Gold.

Se acercó a la cocina, donde estaba cortando carne muy poco hecha para luego comérsela con deleite. Ojalá la vida siguiera así: simple, tranquila, siendo ella misma y con los problemas alejados tras una puerta.

Y en caso de duda...

«Las autoridades aseguran que ya han despejado las calles y ya es seguro volver a caminar por Nueva York...»

«Tras haber aplacado de forma brutal a los caníbales, el gobierno chino debe responder ante la ONU por sus actuaciones.»

«El mundo se gira para mirarnos, los estadounidenses debemos seguir dando ejemplo de valentía y fortaleza...»

Sin más motivación que la de poder hacerlo, Connie se tomó otra pastilla contra el dolor de cabeza.

El corazón ya no era gris, era negro y marchito, lleno de púas venenosas. La casa intentaba aplastarlo para salvarla. Siempre había malinterpretado su sueño... el corazón no es el suyo. Sí, el suyo era de un blanco sucio, roto y con espinas porque la vida la había tratado mal, pero ese negro solo podía pertenecer a una persona.

Lo aplastó con el pie y se sintió libre. El sabor y el olor de la sangre corrían por su boca y resbalaban por la comisura de sus labios. Podía sentir en la planta desnuda del pie el tacto correoso y pegajoso de la vida de Sarah apagándose. Incrustándose en cada centímetro de su piel, para poder atormentar a su madre incluso tras la muerte.

Pom, pom, po...

La puerta sonaba furiosa por lo que supuso que no serían sus vecinos —puede que fuera alguno de los mendigos supervivientes de la matanza en las calles.

Cuando volvió a parpadear, su cuerpo se sintió mareado y febril. Temblaba de un deseo desconocido y, cuando vio los muñones de su mano izquierda, supo que necesitaba más hierro. Se lamió la sangre de los dedos y la que surgía por la nariz, paliando un poco más sus temblores. Se vendó y se acercó temerosa hasta la cuna de Nathan, donde el pequeño dormía a gusto y feliz. Sonreía en sus sueños sabiendo que nadie podía herirle. Connie miró la televisión, que estaba sin sonido y pudo comprobar que había pasado un mes desde que comenzaron los saltos temporales.

Aun así, era capaz de recordar que, en aquel tiempo encerrada en casa, había vivido más que en los últimos años. Hasta había podido acostarse con Johann Walker, el vecino de arriba y a quien deseaba en secreto. Sonrió más relajada, hasta que escuchó la puerta abrirse. Eran los locos que habían intentado atacarla, pero a los que había dado más de una lección, sintiéndose fuerte y libre. Aunque, bien pensado, dudaba que alguno tuviera una llave de su casa, ¿o podía ser posible?

Miró a Sarah demacrada y consumida por las drogas. Su marido debía haberla echado de casa en cuanto dio el primer problema.

— ¿Qué pasa, mamá? ¿No vas a decirme hola? —saludó Sarah, despectiva, dando tumbos hasta la mesa llena de sangre. A saber dónde había estado metida—. Tengo hambre.

A mí— ¿Y?yano—preguntómevasatenerconligereza,dechacha.yla joven la miró furibunda—. Pídele a tu papi que te cocine.

La chiquilla se rio de tal forma, que la antigua Connie se habría temido lo que fuera a decirle. Pero ella era fuerte y no temía a una mamarracha de dieciséis años.

—Maldita puta frígida —comenzó a decir—. Papá tenía razón, no eres más que una cabrona que intentó arruinarle la vida...

—Teniéndote a ti, cariñín. Tu padre quiso que abortara.

Los ojos de su hija parecieron heridos y compungidos. Connie sonrió, contenta por saber que podía atacar a la persona a la que más había temido en aquellos años.

—Seguro que te dije que no era capaz de correrme con su micro-polla —bromeó la mujer riéndose y acercándose a la cocina—. Qué bueno es papá, que nos echa de casa cuando mostramos lo malas que somos, ¿no? Y corremos bajo las faldas de mamá, que es tan tonta como para cargar con una puta yonqui y su hijo.

La mirada de Sarah se tornó bovina, anonadada. No perdió la sonrisa, pero el gesto seguía ahí más como un tic que otra cosa.

—Me llevaré al niño, no volverás a verle nunca....

Aprovechó el de la muchacha para clavarle el arma cientos de veces, hasta que la carne se convirtió encolocónunengrudo sanguinolento de olor apetitoso. Ensartó el cuchillo en el pecho, la abrió por la mitad, relamiéndose con el festín que se iba a dar. Comió su hígado, lleno de hierro, sangre y fuerza vital. Devoró las entrañas hasta vomitar, y continuó como si no hubiera un mañana. Dejó el corazón sin tocar, que parecía tan normal. Sabía que en el fondo estaba podrido y podría matarla con tan solo lamerlo.

Lo dejó en el suelo blanco, blanco de linóleo resbaladizo, y lo intentó aplastar una, dos, tres, muchas veces... se escurría bajo sus pies. Pero al menos jamás podría volver a herirla.

Escuchó el grito de los vecinos. Era probable que estuvieran horrorizados por el espectáculo. Si ella no se hubiera sentido tan bien haciéndolo, sería de la misma opinión que ellos.

—Connie, ¿qué has hecho? —preguntó Johann con un hilo de voz—. Es... era Sarah, tu hija. Ella sonrió con dulzura, sabiendo que jamás lo entenderían. Pero al fin podía respirar

aliviada desde que tenía memoria. Solo faltaba acabar con lo que había empezado, aunque eso la alejase de Nathan... Su pobre niño. Al menos él también sería libre. Por eso merecía la pena todo el esfuerzo.

—Al fin soy libre —aseguró llevándose el bote de pastillas a la boca, tragándose las del tirón.

La película azul se deshizo en su boca, haciendo que la medicina le raspase la garganta aun a pesar de la sangre.

Escuchó su corazón latir, volando lejos de las paredes que la aprisionaban, aleteando al ritmo de cada golpeteo rítmico.

Pom, pom, pom, po...

« El botiquín de satanás: ¿son las medicinas obra del demonio? »

« Detectar las medicinas adulteradas es un deber de todos. Esta noche les explicaremos... »

« ... Connie Nigel sobrevivió a su intento de suicidio y gracias a la rápida actuación de los doctores, se consiguió descubrir que la farmacéutica Asarp estaba envenenando los medicamentos que distribuía por todo el mundo. Mucho más sobre el caso de las medicinas asesinas [Consulte en las connoticiasufarmacéutico.delanoche.](#) »

Laura López Alfranca

Relato ganador del tercer premio

VII Edición del Concurso de Relato Corto de Terror, Fantasía y Ciencia-Ficción
Asociaciones UCM: ASCII, Relatividad, GREBAS, Númenor, AEIOU, La Salamanca del Círculo Polar